

DINERO NÁUFRAGO



Isaac Díaz Pardo.
Os afogados, 1946
Colección de Arte ABANCA

A carraxe que sentía Isaac pola sanguenta represión da sublevación fascista, na que perdeu a seu pai, ficou plasmada neste óleo onde, debido á censura, trocou os mortos na cuneta por afogados na praia, en medio dun pobo indignado.

Fundación Cidade da Cultura de Galicia, *Os afogados*, recuperado o 27/4/ 2021 de <https://ficheiros-web.xunta.gal/CdC/visitas-virtuais/as-miradas-de-isaac/index.html?language=gl-ES>.

“Podéis ir en paz” fueron las últimas palabras del párroco en este día que el pueblo entero está de luto.

Me llamo Julián Rodríguez y soy el director de Mareas do Son junto con mis amigos de la infancia, Adrián y Ramón. Los tres fundamos en 1939 esta empresa que se ocupa de mantener el turismo marítimo local activo. Somos muy conocidos y queridos por la gente debido a que nuestro negocio ayuda a toda la economía de la zona: hoteles, restaurantes, supermercados, ...

Ayer hacía siete años desde el inicio de nuestro proyecto, el cual nos había generado muchos ingresos, así que decidimos ir a tomar algo en el chiringuito que está al lado de nuestra oficina. Entonces decidimos bañarnos en el mar. Mala idea. No eran aún las diez de la noche cuando tuve que pedir auxilio: una fuerte oleada nos había arrastrado mar adentro. Decenas de personas que estaban en la playa acudieron en nuestra ayuda: hombres, mujeres, niños, ancianos, ... Yo fui el primero en llegar a tierra; dos mujeres me habían tapado con chaquetas y me decían que

mantuviese la calma, que mis amigos no tardarían en aparecer. Diez minutos después, dos personas arrastraron hasta la orilla el cuerpo sin vida de Ramón. Justo cuando iba a desplomarme por la tristeza, vi como un hombre traía a Adrián. Corrí hasta él y le ayudé a llevarlo junto a mi otro socio. Ya no había nada que pudiésemos hacer por ellos.

El entierro tuvo lugar en la iglesia de San Vicente de Noal, donde ambos habían contraído matrimonio. Logré reconocer a todo el mundo que estaba allí. Cuando entré en la ermita, sus esposas lloraban desconsoladas y abrazadas, dándose el pésame mutuamente. Pedro, el único hijo de Ramón, que aún no ha cumplido los dos años, estaba agarrado al brazo de su abuela sin enterarse de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Me senté en la segunda fila y cuando llegó el momento, me acerqué al altar para dedicarle unas palabras a mis mejores amigos, que se habían ido para siempre.

Cuando ya estaban los cuerpos soterrados, me fui sin decir adiós. Me pareció la manera más fácil de hacerse pasar por un amigo afectado. ¿Quién pensaría que su muerte no había sido un accidente?

Silvia Pego